

Presentación del libro de la colección Un libro por centavos n° 135 Arde Babel de Camila Charry
Por: Juan Manuel Roca el 28 de febrero de 2018 en la Biblioteca del Externado

MIENTRAS ARDE BABEL

Al pensar que la palabra Babel en hebreo quiere decir confundir, podemos inferir que el libro de Camila Charry está hecho de fugas que no permiten la quietud del mundo y sus certezas, pero paradójicamente su palabra nos hace más clara la confusión, desata las lenguas cada vez más enredadas por la escisión profunda del hombre.

Si partiéramos de la hipótesis de que en medio de las lenguas confusas de Babel y más allá de ellas habita la palabra de Dios, que su voz es el esperanto de la fe como si fuera el ventrílocuo por medio del cual todas las lenguas lo alaban o deberían alabarlos, a lo mejor no habría necesidad de la poesía.

Ese epicentro, esa imagen babilónica de la confusión de las lenguas le sirve a esta autora, me parece, para involucrar en una metáfora arcaica un mundo envejecido como el que vivimos y que a veces nos revela un país como el nuestro, escindido y volcánico. Un territorio que en su fugacidad y espejismo está más hecho de adioses que de dioses. Un no-lugar que revela una fuga semejante a la de "las calles del ebrio".

En su poema "La palabra ha muerto" Camila Charry se pregunta y nos pregunta ¿si la palabra en verdad ha fallecido, cómo se puede nombrar a Dios? Un creyente dirá que Dios, como la vida misma, no es verbal pero es en sí mismo la palabra. A contravía del aserto religioso que dice que en principio fue el verbo, uno podría pensar que en el principio fue el silencio, así que a lo mejor -a veces- vivimos también en una Babel de silencios. Callamos porque pensamos que la palabra es la prueba de que no nos entendemos.

Pero volvamos al poder dubitativo de sus poemas. Hay en algunos de ellos revelaciones, dudas que afirman y respuestas que preguntan, todo un tramado que va más allá de unas simples imágenes de apariencia existencial.

Al contrario de lo que ocurre hoy con buena parte de una calcárea poesía al uso corriente, hay en estos poemas una forma de habitar el mundo que no es propiamente la del embeleso de sí mismo, la de los versos que parecen hechos para la referencia de un yo solemne y casi siempre presuntuoso, o para esconder vacíos en unos hermetismos levantados sobre cartón piedra.

Hay una repulsa a ser un feligrés de sí mismo pero también de cualquier religión que nos someta a tener que dejar "la piel ante el templo", a la entrada de una iglesia. O para abandonarla en medio de revelaciones, de éxodos y masacres, de milagros verdaderos y milagros producidos por el deseo de transgredir la miseria humana. Por esto, por tantas carencias, invocamos el milagro. A cada tanto en nuestro país y en los sitios más míseros de él, la necesidad del milagro hace que las gentes vean en la humedad de una pared, en un trozo de árbol o en un muro ahumado de la cocina la aparición de una madona agraria, de un santo luminoso o del mismo Creador: "En el pueblo/ la gente cree ver la imagen de un dios/ en las paredes". Esto a lo mejor ayuda a muchos a vivir, como a otros lo hace un becerro de oro o la idea de que la poesía supuestamente salvará al mundo. Hay quienes fundan su propia revelación y entonces ven una virgen en el pozo de una taza de café y hasta creen encontrar el esqueleto de un ángel en un establo.

Nada de veleidoso hay en los poemas de "Arde Babel". Pocas veces hay en nuestra poesía una inmersión filosófica sin alardeos escolásticos o no, pocas veces un viaje al final de un presente que huye tras una sucesión de promesas. También reside en su palabra lo simple, llanamente cotidiano. La vida vista o sospechada en el vuelo nupcial de dos moscas, la lección de vida que ellas nos dan en la ventana de luz donde copulan, o el momento pasajero y maravilloso de ver a una madre que "hunde en el polvo/ lo triste/ aunque su brillo" sea un pequeño ritual que hace que amemos -muchas veces- nuestras vidas. Dolor y belleza, o mejor aún una belleza dolorosa, como en Paul Celan, se entrecruzan en sus versos.

Y bien, al diablo con el pudor o con el temor a las infidencias: debo decir que hace mucho no me conmovía tanto un libro de poemas en esta tierra que resulta tan adicta al vaniloquio, al microtráfico de penas y a la melosería del falso arrebato de ciertas juventudes marchitas, al simulacro de imposturas de vocación vitalista y otros aspavientos viscerales. Creo que no se puede leer un poema como "Segovia" sin pensar que la palabra de Camila Charry Noriega hiere y sutura a la vez pero que a la vez sabe con René Menard que "la verdadera poesía no consuela de nada".

Los jirones de nuestra endémica violencia aparecen en sus poemas no tanto como asunto programático como por ser el reflejo invasor de un mundo que resulta apenas fronterizo entre los labios del amor y los labios de una herida. Lo mismo da que ocurra en Segovia, en El Aro o en Treblinka, en esos lugares vejados donde aprendemos una geografía del horror o en cualquiera de esos rincones donde las voces de Babel arden sin mayores ni definitivas conciliaciones.

Juan Manuel Roca